

Javier Orozco

Diario de un universitario emigrado

DETENEOS SÓLO UN MOMENTO y leedme tranquilamente. No creo que os pueda contar cosas que vosotros mismos no hayáis vivido. Pero lo que os quiero narrar será, para algunos, un recuerdo, para otros, un cuento cercano, y para los demás espero que podáis encontrar algún sentimiento cercano.

Para empezar os diré que ahora mismo escribo en silencio. He de hacer acallar el rasgar de las palabras sobre papel, puesto que me hallo en la biblioteca. Así pues, mi historia continúa en esta sala de silencio y pensamiento. Y digo continúa porque comenzó hace algún tiempo ya.

Rodeado de silencio, de entre mis dedos escapan las palabras que formarán este cuento de sensaciones propias. Ellas regirán el cuento...

Examen

Hace poco más de un año decidí tomar un tren. Estoy lejos en el tiempo y en el espacio. Ha transcurrido todo un año, todo entero, no me ha dejado nada de él para el postre. He llegado más allá... Tras lidiar para tener todo sujeto y así poder vivir tranquilo (en una monotonía a veces asfixiante), pierdo toda estabilidad. Y es que en mi viaje, en la vida que quiero descubrir, con la que quiero jugar, me siento perdido. Pero sí, quiero descubrir la vida, vivir por mí mismo. He de sellarle las fauces a la bestia del temor. Sí, debo aprender a limpiar, cocinar, trabajar y estudiar. He de saber administrarme y conseguir una vida social sana, y este es mi primer examen.

Sé que hemos de aprender muchas cosas, por ejemplo a caminar. No pasará demasiado tiempo, cuando nuestra mente piense que domina el medio que le rodea, y tendremos que aprender a vivir. Esta es una de las cosas más difíciles, pero intentamos hacerlo como si no lo fuera. Y es que, años después de haber nacido, rompemos aguas otra vez y salimos de otro útero. Entonces hemos de enfrentarnos a bancos, facturas, al hogar, algunos a trabajo y estudio, y otros ya sólo a trabajo, ya sólo a estudio...

Decidí aprender a vivir lejos de casa. Mi madre me preguntó por qué me iba si estaba estudiando la carrera en mi pequeña y apacible ciudad. Y recuerdo que le dije: «Mamá, porque quiero aprender a vivir. Quiero pasarlo mal y saber solucionar mis problemas. Necesito estabilizar mi vida y hacerme cargo de ella».

Y en gran parte lo logré. Trabajaba de lunes a sábado, los sábados de diez a diez. Y los domingos dormía y me encontraba, sin saber cómo, que el sol que estaba arriba era de lunes. Cogía mis libros, algunos días, e iba corriendo a la universidad. Al llegar a casa comía corriendo, ponía alguna lavadora y de nuevo a correr al trabajo. Pero no me arrepiento de mi decisión, aunque sea el tercer año de carrera y esté todavía en primero. Aunque el año pasado me hartara a trabajar y sólo fuera capaz de aprobar una asignatura. No me arrepiento. Puede que a veces tenga la sensación de pérdida de tiempo. Pero al final creo que el objetivo que me

marqué me sobra para saber que no he perdido nada.

Examen

Sale el sol, bueno, la mayoría de días no llego a verlo. Diría más bien que de repente el sol se planta a mitad de la mañana. Pienso entonces en buscar piso, trabajo, ir a la universidad... Desayuno mi café de costumbre mientras me despejo y los pensamientos llegan bombardeando la cabeza. Días hay en que me dejo vencer por la abrumadora ola de sensaciones. Por aquella de no llegar al trabajo, no llegar a las personas, no llegar a nada y quedar exhausto a veces, cansado de luchar y de intentar cerrar esa boca que me quiere tragar. Otros, no obstante, tomo la mochila del día a día y salgo con ella a pelear un poco más.

Bajo a los infiernos obreros, donde camino despistado. Creo que el metro es el elemento más alienante de esta gran ciudad. Soy, como tantos, pasajero habitual. Allí alivio a veces mis afecciones anímicas pensando en la gente. Veo tantas y tantas caras... Caras grises y vacías, llenas de prisas, grises, tristes; oscuridad en esos pasillos de luz artificial. Algunos días sólo veo gente que piensa, y pienso en qué pensarán. Tal vez sea que como susurros de vida, el dinero aprieta, la gente se empuja y todos, en el metro, callan cuando van solos. Excepto aquel que recita a Lorca, a quien todos miran. De quien comentan «está loco». O aquella mujer que dice su sermón de penas y angustias vendiendo encendedores por un euro. También, claro, los músicos, y la mujer que veo últimamente en un pasillo con su hijo, tocando un teclado electrónico sin tener ninguna noción de solfeo. Todos esperamos a que se abran las puertas, saliendo en procesión de hormigas. Tránsito y escaleras en un menú de prisas: sube escalera, baja escalera, sube al metro... se escapa.

Eso sí, de vez en cuando nos encontramos con lo que se convertirá en un recuerdo. Los hay de todas clases, amargos, agrídulces, suaves, fuertes... Como correr a sujetar una puerta del metro a una señora que intenta llegar bajando los escalones de dos en dos. Que mi pie quedara atrapado por la puerta pero no lograra que se abriera para que ella

entrara. Y entonces ella, en un gesto de gratitud, me mandó un beso que recorrió el aire y sacó de mí una agrídulce sonrisa.

Pero la gratitud es algo difícil de encontrar en un mundo de gente ensimismada, y muchas veces enfadada. Por eso, como si fuera el juego de las sillas musicales, en que cuando termina la canción hemos de tomar sitio, algunos días miro para abajo y no cedo mi lugar. Y es que si supiera quién no consiguió asiento, yo habría de ceder el mío, y maleducadamente pienso en mi cansancio, en mis pies doloridos, en las piernas aburridas de caminar y en mi cabeza, que no quiere hacer equilibrio de pie en el vagón. Otros días levanto la mirada, le sonrío a alguna señora que a simple vista me cae bien y le pido que tome mi lugar. Esos días pienso que mi cansancio, seguramente, no es comparable al suyo.

En este túnel de cotidianidad me enfrento a mis pesares, a mis emociones, leo, pienso o escucho música. Dejo que el tiempo transcurra. Me sumerjo, como todos los demás, en mi trance de espera. Pues siempre pensé que el metro es como una sala de espera. La sala de espera de los lugares. Lleno de olores, de mala educación, de empujones y «perdone, disculpe, lo siento», pisotones, música, ruido y más ruido... Ni siquiera cuando el metro está vacío de gente está libre de estar lleno de los pensamientos residuales que todos dejamos ahí, manchando las paredes y las ventanas. Ensuciando el suelo, haciendo un engrudo de pesadumbre en él. Se nos pegan entonces los zapatos, aunque después corramos veloces a por el siguiente metro, antes de que se nos vuelva a escapar.

Silencio

Miro hacia arriba y las personas vienen y van por los pasillos, pisando flojo, para no hacer ruido en la biblioteca. Entonces pienso que tengo ganas de gritar. Porque eso lo hemos sentido todos en algún momento en que el silencio fluye a nuestro alrededor. Después bajo la cabeza y pienso «Vaya, debería estudiar».

Examen

Soy universitario. Se me llena la boca diciendo «universitario», ¿a vosotros no? Aunque todavía no comprendo exactamente en qué consiste esto. Bueno, sí, en pagar, examinarse y conseguir un título. Pero también está la versión de erasmus, piso compartido, mucho alcohol, y sexo, claro, sexo universitario.

Y es que soy universitario sin terminar de serlo. El trabajo me dejaba hastiado, y claro, trabajando sólo me quedaban ganas de dormir, y durmiendo sólo conseguía llegar a la hora del trabajo. En eso se resume mi primer curso en la universidad, no ha sido hasta este año que he hecho un poco de vida en la facultad. Que he descubierto jardines llenos de gatos y que la biblioteca era más grande. Y aún me quedan por conocer los mil rincones de este edificio. Grande, antiguo, de techos altos y arcos. De claustros, de columnas... Un entorno único. Muchas veces he pensando en quién se habría sentado en ese banco que me siento yo. Incluso que tal vez grabó su nombre en él.

Después quedan los profesores, los demás alumnos, las clases... Mi forma de ver la universidad está muy desligada a ella misma. Como he dicho aún no tengo una vida exclusivamente universitaria, y mi sociabilidad se centra fuera de ella. El profesorado, como en todo, es algo que nosotros, los alumnos, criticamos. A mí, particularmente, me mosquea más la forma de corrección y la falta de conocimiento de las situaciones particulares. Para muchos alumnos la universidad supone una injusticia tras otra. Para mí ha supuesto, en muchos momentos, frustración y sentimiento de estupidez.

He de admitir que la culpa es mía. No he aprendido a aprender, no sé estudiar y ser constante con el trabajo de clase. Y la parte del estudio me cuesta cada día más. No porque no me parezca interesante, sino porque hay cantidad de datos que mi mente se niega a absorber. Seguramente por la falta de constancia. No hay época en que más tonto me sienta que durante los exámenes. Pienso que he

perdido el tiempo (tonto de mí), que no consigo entender un texto (tonto de mí), que no retengo ciertos datos (tonto de mí)... Y creo que no soy tonto, quiero creerlo, pues si me rindo es que realmente lo soy.

Luego vienen las crisis de estudios. Me gusta lo que estudio, lo considero interesante, hay muchas palabras que llegan a mi cabeza y me hacen darme cuenta de que la realidad es fraccionada. Que no es otra cosa que un sin fin de campos de estudio, todos ligados, todos separados. Que me queda mucho por aprender... Pero otra vez pienso que no consigo nada. Crisis de futuro incierto, crisis de «¿para qué?» o «¿por qué esto y no otra cosa?». Dolores de cabeza por si no hago lo apropiado. Y finalmente, reiteración. Estoy convencido de lo que estudio. No sé qué me dará de comer dentro de unos años, no sé a qué me dedicaré aunque lo tenga claro desde hace tanto tiempo. Pues no sé si sirvo para lo que quiero servir. Mi ilusión no es otra que escribir y escribir, que dejar correr las palabras, que contar cuentos en voz alta para quien los quiera escuchar. Y entonces surge de nuevo la pregunta: ¿Quiero realmente esto? ¿Lo obtendré estudiando lo que estudio? ¿No puede ser que realmente intente convencerme de algo que no es cierto? Y la melancolía por el abrazo protector que me susurre al oído nanas de cariño. Y esa búsqueda eterna del abrazo que me consuele y anime.

Un examen para mí muy duro. La universidad es un edificio lleno de posibilidades, de incertidumbre, de ilusiones y desilusiones. Es un lugar lleno de futuro, y de pasado. Cada rincón puede ser testigo de una conversación, cada rincón puede ser testigo de lágrimas de suspenso. Y os aseguro que mi universidad tiene muchos rincones.

Sol y silencio

Levanto de nuevo la vista; silencio y exámenes quedan olvidados por un rayo de luz. Recuerdo emociones de la llegada, y el cambio.

Uno de los cambios más importantes que he

logrado ha sido pasar de la oscuridad a la luz. Del negro al color. En aquella pequeña ciudad vivía de noche, me sumergí en el mundo de la evasión que es internet. Navegaba por sus páginas durante horas y horas. No estudiaba y dejé mi vida muy apartada por vivir en esa fantasía irreal. Con la necesidad de estabilidad llegó la necesidad de luz. Y con la luz llegó el dejar atrás ciertas penumbras de mi vida. Puede que me acostumbrara con ello a ir poco a clase, a estudiar poco y menos. Es posible que sea culpable de muchos de mis problemas el tener un refugio como la pantalla del ordenador. Aunque ahora que veo el rayo de sol, recuerdo que eso, va desapareciendo poco a poco.

Examen

Me gusta saber que no soy de aquí, de Barcelona. Y es que me asusto al comprobar que muchas personillas de mi edad nacidas aquí, viven en una jaula que ellos creen que es de oro. Barcelona, la gran ciudad, cosmopolita, cultural, cara, imposible... Me gusta saber que soy de una ciudad pequeña... algunos dirían que soy de pueblo.

Soy sureño, sí, y adoro el sur, la luz, la calle, su gente; su color. Y ahora el sur se aleja de mis manos.

Una de las primeras sensaciones que sentí al irme de Murcia, después de la de viaje de fin de semana o irrealidad, fue que todo seguía sin mí. Era algo que sabía que ocurría, y empezaron a suceder cosas que escapaban de mi control. Pero esa sensación se veía azuzada por aquella otra de no pertenecer a Barcelona. No tenía mi sitio hecho, no tenía sociabilidad, y todo aquello ya no formaba parte de mí. Estaba en medio de las fronteras. Fue difícil asumir ese distanciamiento, sobre todo al no tener algo a lo que aferrarme. Ocurrían cosas a la gente que más cerca tuve allí, y no podía siquiera darles un abrazo. Me ocurrían cosas aquí con la gente, con esa sociabilidad más cerrada, donde los amigos de toda la vida han de seguir ahí, donde cada cual es amigo de unos cuantos. Aquí, que os sentís cansados de gente que viene a vivir vuestra

ciudad. Aquella sensación de rechazo del principio me hizo encerrarme en mi concha, no desear conocer a nadie, querer paladear la soledad en una ciudad gris y grande. Y pensar en lo que dejé atrás, pensar una y otra vez en esas personas a las que tanto quería y que no tenía cerca para contarles lo que me estaba ocurriendo.

Y es que temo la primera boda de algún amigo, temo ese primer hijo, y saber que lo que ocurre va pasando más rápido de lo que querría. Ahora, que voy encontrando cierta estabilidad, que tengo a mis amigos y a esa gente que me quiere y me ayuda aquí, la cosa ha cambiado. Si me siento mal puedo hablarlo, y tal vez, cuando regreso a mi ciudad natal, aun sintiéndome lejos de ella, puedo encontrar un pequeño hueco para mí. Un hueco repleto de «llámame» y «tenemos que quedar». Que al regresar a Barcelona se convierten en «a ver cuándo vienes» o «nunca avisas cuando vuelves».

Fin del silencio

Ahora llegan los recuerdos como olas de un mar en calma, lentas... Como lentas se van alejando la sensación agri dulce, la sonrisa en los labios y un guiño con el camarero del bar donde terminé esta historia. Me encanta escribir fuera de casa, encontrando así esa sensación de un mundo en ebullición mientras garabateo en mi libreta.

De este año no todo es malo, ha habido amantes, ha habido amigos, ha habido profesores y aulas y exámenes. He encontrado risas, besos y caricias. He degustado conversaciones de cerveza o café. Silencios, gritos, vasos rotos y gafas de pasta. Viajes de vuelta, regresos de los viajes, noche buena, noches malas... La magia de los momentos especiales, esos momentos míos y sólo míos. Saber que una desconocida me lanzó un beso, ver una blancanieves urbana darle una manzana a una bruja pidona. Sentir entre mis dedos el pelo de algún amante. Recolectar sonrisas de azúcar en el trabajo bromeando con un cliente... Sentirme solo, y sin

que nadie me mire, escribir.

Sí, ha sido un año largo y corto, intenso, amable en la sucesión de días y sin postres. Pues cuando he querido darme cuenta de que había pasado un año he vuelto a toda la inestabilidad del principio. A la búsqueda, a la eterna búsqueda.

Examen pendiente

Soy un niño triste, a días, que sólo desea acurrucarse y llorar mientras sus necesidades están cubiertas. Otros soy un luchador; huelo entonces a sudor de acción y no paro de ir de un lugar a otro pensando «Necesito una ducha».

Tomemos un ratito de la tarde, que alguien me de un poquito de ella para hablar, para sonreír y crear recuerdos de cartón. Que me cuente su propio cuento, tal y como yo os he contado el mío. Hagamos un art-book de imágenes inconexas, un diario en forma de collage, o un weblog para contar lo que pasa por la cabeza. Seamos vendidos al mejor postor o al que nos dé algo, porque no siempre podemos venderlos; muchas veces nos regalamos.

Quiero sentir que estoy vivo, sin sentir que se me escapa, que es un pez en la mano que se agita y quiere huir. Hagámonos cargo de nuestra amistad, de nuestro amor y cariño hacia quienes están ahí, y estarán ahí vayas a donde vayas.

Luchemos un día más por el deseo más fuerte que tengamos. Por sentir la luz y el color en nuestra propia paleta de pintores.

Intentaré seguir jugando con mi día a día, con mi búsqueda de la estabilidad y la universidad. Quiero aprender a aprender y demostrarme que puedo llegar donde quiero. Pues aunque las crisis van y vienen yo sigo aquí.

Veer